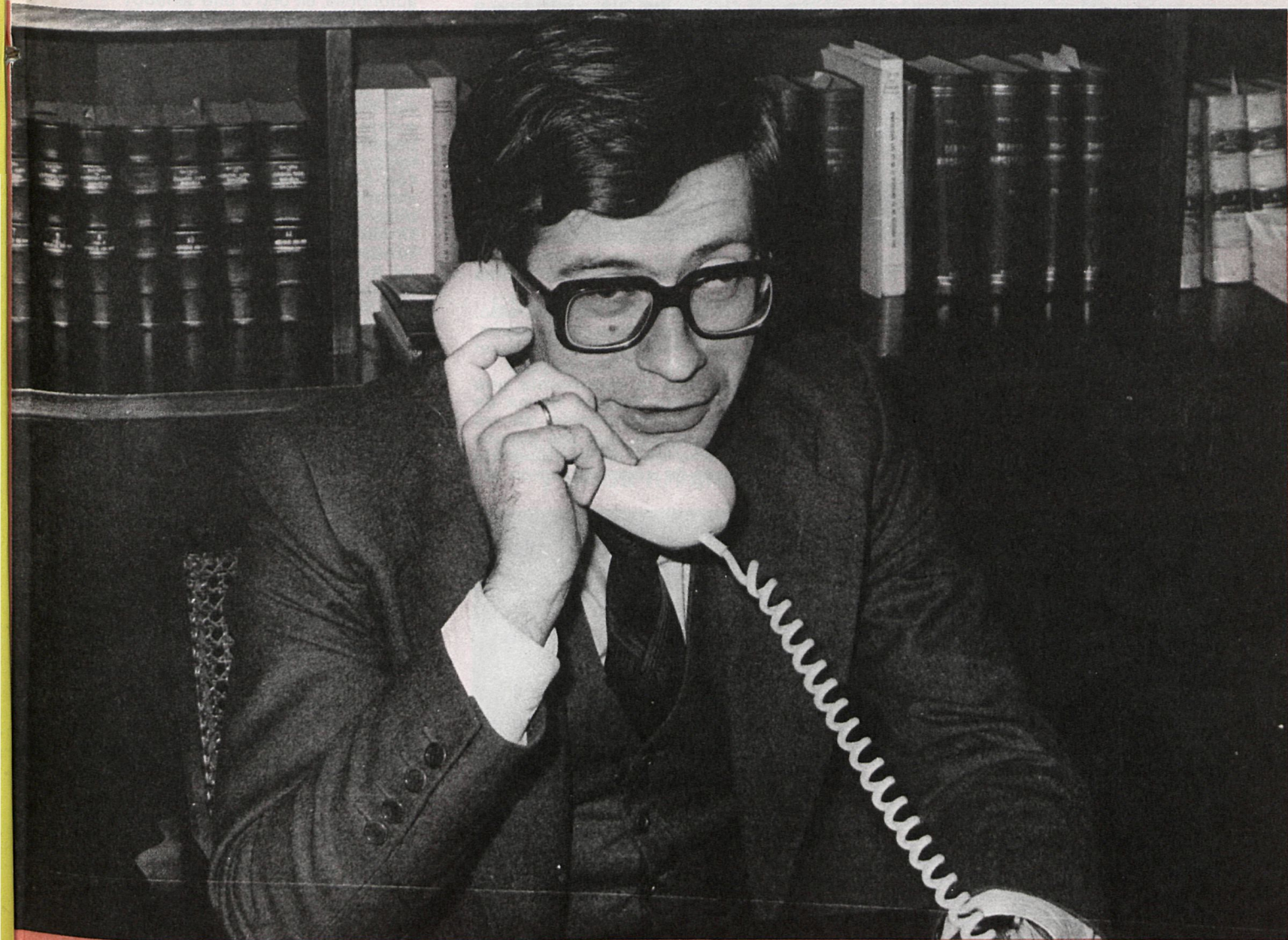


LOS NUEVOS DIPUTADOS POR MADRID

OSCAR ALZAGA



ASEGURA que ser diputado exige estar dispuesto para una tarea ardua, que acapara un número de horas de dedicación mucho más elevado del que, generalmente, se pueda creer. Pero afirma también que esa circunstancia, lejos de constituir simplemente un peso, es una obligación a cumplir en favor de quienes le han votado. Así es, en algunos rasgos, Oscar Alzaga Villaamil, un madrileño de ascendencia vasca que, a sus treinta y cinco años, ocupa un escaño de Unión de Centro Democrático en el Congreso, y una Cátedra —la de Derecho Político— en la Universidad Autónoma de Madrid. Además, claro, sus tres hijas y ese bufete compartido con otros ocho compañeros de profesión, «aunqu no todos comulgamos con un mismo pensamiento político».

—Si he de ser sincero —explica—,

debo reconocer que el diputado de cualquier provincia española que no sea Madrid, tiene mayores posibilidades de atender de un modo más completo a las necesidades y aspiraciones de su entorno. ¿Por qué? Sencillamente, porque el hecho de la radicación del gobierno central en esta ciudad hace que el conocimiento de ella y de su provincia sea, o deba ser al menos, más inmediato.

Y se explica:

—Mire... Esto es algo similar al papel de los gobernadores civiles. Mientras en algunas provincias se puede decir que son algo así como pequeños virreyes, el de Madrid siempre tiene un papel mucho más reducido.

Era, por así decirlo, como el preámbulo para comenzar a abordar la problemática de Madrid y su provincia que tiene en la mente:

—Entiendo que Madrid, como

capital de la nación, ha acumulado una serie de problemas ingentes, que acaso se hagan mucho más perceptibles en el plano del urbanismo, pero que la realidad es que alcanzan a todos los aspectos propios de una ciudad que ha desbordado ampliamente su dimensión natural y crece de un modo anárquico, con el consiguiente deterioro de la forma de convivencia. En cuanto a la provincia, hay que reconocer que tiene problemas singulares, desde los lógicos de los pueblos que conforman el cinturón industrial de la capital, en los que se ha dado un gran crecimiento, hasta los de los municipios que han estado prácticamente de espaldas a ese fenómeno industrializador. Aquéllos, los del alfoz de Madrid, han vivido un crecimiento totalmente carente de planificación y hasta han sido víctimas de una pésima gestión, con comportamien-

«Hay que ir a una reordenación territorial»

Región Centro: «Se precisa una autonomía administrativa y financiera»

«En Madrid no existe un sentir regionalista»

tos perfectamente tipificables en el Código Penal. Son pueblos que, por razones profesionales, conozco muy bien, puesto que estoy en contacto con problemas de muchos de sus ayuntamientos. Se puede asegurar que su realidad es hoy gravísima, hallándose en las antipodas de lo que debe ser una ciudad que atienda criterios humanistas. Es preciso ser conscientes de que todas las funciones que han de cumplir sus entes locales son muy amplias y complejas, quizá por la forma urgente en que se han de tomar muchas veces las decisiones. Y como las funciones son las que hacen a los órganos, a los de los pequeños pueblos que fueron eminentemente agrícolas no les es posible ya dar respuesta adecuada a los problemas nacidos de un nuevo estilo de vida.

—¿Puede Madrid y su provincia pensar en responder a sus problemas desde una perspectiva nueva, por el camino de una autonomía?

—Está claro que hay que ir hacia una reordenación territorial, en

torno a una unidad administrativa de nuevo cuño, desde la que sea posible dar soluciones unitarias o coordinadas a los problemas de los municipios de la provincia, que hoy son formalmente independientes. En esto, pues, hay que inventar grandes cosas. Pero, sobre todo, hay que estudiar fórmulas análogas a las que se han adoptado en otras grandes urbes del mundo, dotándolas de una autonomía organizativa y financiera. Hoy se predicán las autonomías y por eso se habla aquí con una nueva terminología: la de la Región Centro. Quizá sea inexacto, puesto que la autonomía no es un fruto exclusivo de la idea regional.

—¿Cómo podría ser, en este caso, la autonomía madrileña o de su región, si es que puede hablarse de ella en algún sentido?

—Estimo que la autonomía que precisamos para Madrid no ha de venir como consecuencia de un sentir regionalista, que me parece artificial, sino que ha de nacer de una fórmula de administración di-

ferente y eficaz. De una fórmula que permita que los órganos de la Región Centro puedan hacer por sí aquello que hoy aborda la Administración central, quizá a través de un ente que, además de resolver el minifundismo existente en pueblos hasta hace poco agrícolas, afronte la problemática propia de esos municipios del cinturón industrial y de esas ciudades dormitorio que hoy conectan la totalidad de sus términos sin solución de continuidad.

—Pero, ¿cree que puede llegar a existir realmente en Madrid una conciencia de región, con vistas a una posible autonomía, en uno u otro sentido?

—Según una vieja idea de Ortega y Gasset, Castilla no ha tenido nunca conciencia de región, puesto que se ha sentido siempre identificada con la empresa histórica de España. En este sentido, en Madrid no existe un sentir regionalista perceptible y hoy, en que brotan de un modo más fuerte estos sentimientos, el fenómeno en ella es mucho menor. La razón estriba en que Madrid, como capital, se encuentra al timón de las tareas del Estado y es fundamentalmente una provincia de inmigración. Es muy escaso el número de madrileños que, aunque hayan nacido aquí, tienen en sus dos generaciones precedentes auténticas ascendencias madrileñas. Pero este fenómeno, por otra parte, me parece positivo, puesto que está demostrado que entre las gentes que han abandonado su tierra se da un mayor porcentaje de personas emprendedoras. Además, es una circunstancia que, aparte de esos factores diferenciales, crea la posibilidad de una mayor convivencia entre los diversos pueblos de España, lo cual no deja de ser muy importante.

Tornamos a la idea de esa Región Centro, salida de las disposiciones legales reflejadas en la Orden de 31 de julio de 1976, por la que se creaba su Comisión Gestora:

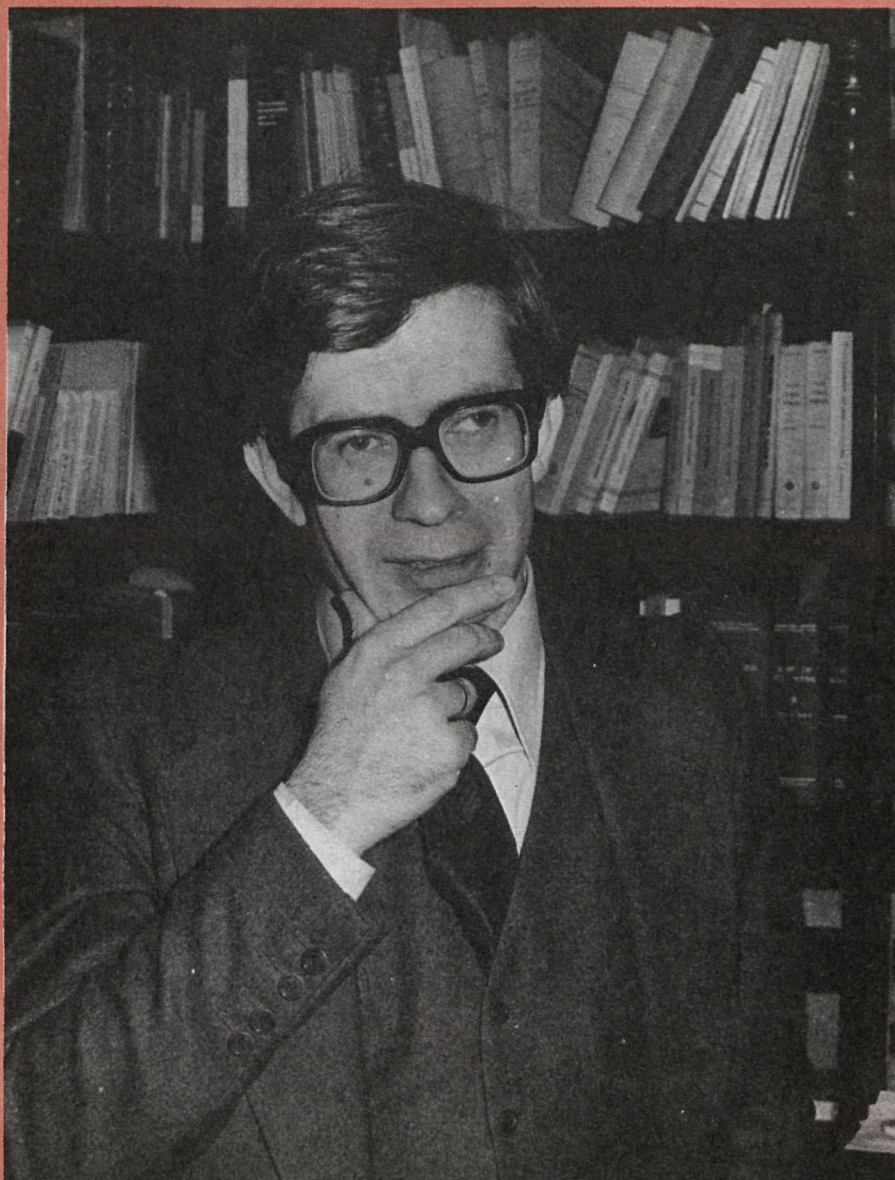
—El de Región Centro es un término que suscribo, pero sólo en cuanto creación de una plataforma administrativa idónea. Es una solución de minorías, que espero que al pueblo de Madrid le parezca bien, aunque haya venido sugerida de arriba abajo, y no de abajo arriba. En cuanto a fruto de un regionalismo centralista, no veo adecuado el término. La Región Centro, repito, se puede constituir como una entidad administrativa autónoma, pero sólo mediante el consenso de especialistas de la clase política.

Dentro de esa Región Centro, los problemas básicos de la capital. Oscar Alzaga los desgrana, lejos de una simple enumeración:

—El primer gran problema de Madrid, el fundamental, es que es el fruto de muchos años de gestión no democrática, circunstancia que ha propiciado el alejamiento por parte de los madrileños de las responsabilidades que todo ciudadano debe tener para con su ciudad. La gestión, no obstante, es muy posible mejorarla desde el punto de vista técnico, aunque hay que ser conscientes de la dificultad que supone lograr ayuntamientos de un alto grado de rendimiento. Tengamos en cuenta que es un problema general en el mundo, donde los ayuntamientos de las grandes ciudades arrastran casi todos una mala administración.

—Planificación. Otro de los grandes problemas, ¿no?

—En efecto. Es necesario un debate sincero al máximo nivel, para



diseñar el modelo de sociedad que deseamos para nuestros hijos. Es inverosímil hacer a diario una ciudad que no corresponde a un plan concienzudamente elaborado. Por otro lado, hay que considerar que Madrid está más cerca de lo que todos pensamos de su máximo techo de crecimiento. Ahí están, por ejemplo, esa saturación casi total de su estructura viaria y esa contaminación creciente. Baste con pensar que casi todas las grandes ciudades del mundo se hallan ubicadas junto al mar, lo que no es el caso de Madrid, donde a finales del presente siglo el nivel de contaminación será gravísimo y el aire será incapaz de limpiarse por sí mismo. Este es otro ejemplo de los problemas básicos de esta ciudad.

—Como lo es también la masificación...

—Sí. Pero este es un problema que exige una planificación a nivel nacional. Como diputado de UCD, no puedo ser partidario de controlar los fenómenos migratorios por medios coactivos, como se hace en la URRS, por ejemplo. El derecho del hombre a comunicarse y a radicarse donde juzgue más conveniente es sagrado. Pero mantener la realidad de este derecho no es compatible con una política de promoción de otras ciudades, pueblos y regiones. Hay que plantearse con todo rigor el hecho de que estamos desertizando la Península —excepto su litoral, por supuesto— y creando unos puntos de concentración casi caótica. Este es el caso, claro, de Madrid.

—De Madrid, nuevo viaje a los pueblos de su provincia: ¿Conoce usted el «otro Madrid» que para algunos suponen?

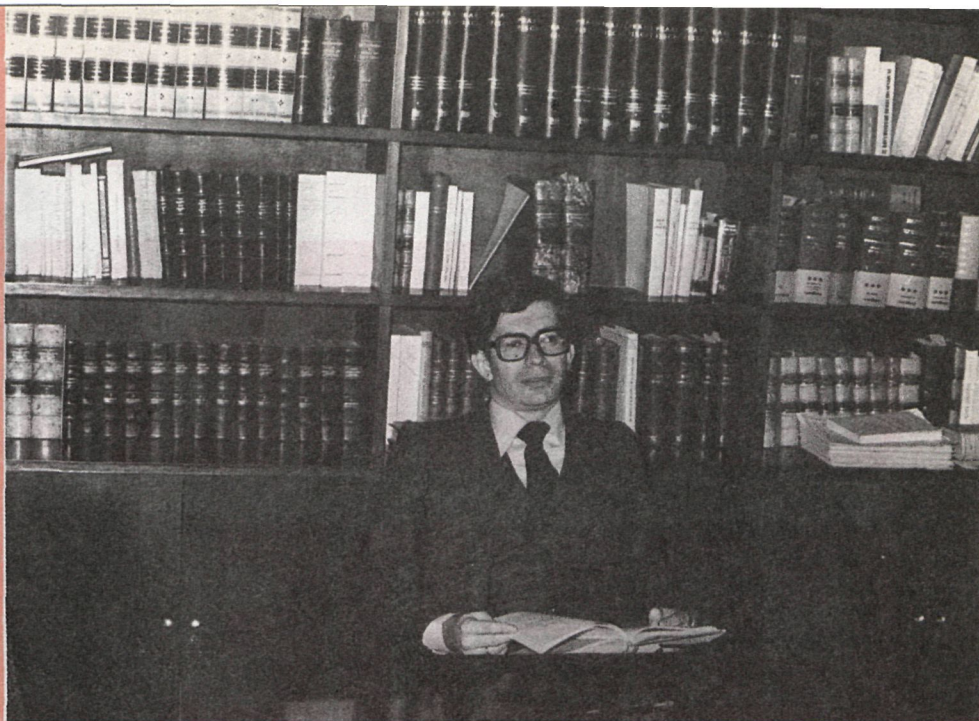
—Fundamentalmente, creo conocer bien la sierra y sus confines. Esta es una provincia muy diversa y UCD está elaborando un plan para visitar y conocer en directo cada uno de los pueblos madrileños, para lograr así un contacto directo con los problemas. Será un primer paso para acumular información de cara a un programa de desarrollo en todos los terrenos, que queremos que sea básicamente un desarrollo nacido desde los gobiernos de los propios municipios.

—Un plan de visitas y conocimiento directo de los problemas de los pueblos, que acaso responde también a la captación de votos con vistas a las elecciones municipales... ¿Me equivoco?

—También buscaremos eso, naturalmente, porque hay que tener en cuenta que, en muchos pueblos de nuestra provincia, UCD obtuvo en las generales hasta porcentajes de un noventa por ciento. Pero, fundamentalmente y por encima de esa captación de votos, están las líneas que acabo de exponer. Tenemos que ser consecuentes con lo que el pueblo esperaba de nosotros cuando nos dio su voto. Es a ese pueblo a quien nos debemos.

—Hemos hablado de la sierra. De la conocida, por supuesto. Pero, ¿y la otra, la del Madrid pobre?

—El problema básico del Madrid pobre es el mismo que el de todas nuestras regiones deprimidas. En esta provincia hay auténticas bolsas de pobreza, cuya situación es sangrante, porque se podría hacer mucho con muy poco dinero, en proporción. Unos cientos de millones, hoy perfectamente asequibles dentro de los presupuestos del Estado, permitirían hacer maravillas. Me refiero, claro, al campo de la comunicación, de los transportes,



Elecciones municipales: «No creo que se repitan los porcentajes del 15 de junio, puesto que la capacidad personal de atracción del candidato será ahora mayor»

«Existen una falta de planificación escalofriante y unos niveles de especulación increíbles»

de abastecimiento de agua, de alcantarillado, de escuelas, de dotaciones de servicios comunales... Lo veo, pues, como un problema resoluble.

—Un problema que ha de resolver UCD...

—Debería serlo, al menos. Incluso como simple respuesta a las aspiraciones de ese electorado a que antes nos hemos referido, que es totalmente fiel.

—Otra cuestión básica para Madrid y su provincia: el centralismo...

—Madrid y su provincia, más que por el centralismo tal como se entiende el término, se han visto perjudicadas por algunos mitos políticos de la etapa franquista. Tengamos en cuenta que lo de «centralismo» viene arrastrado incluso de los tiempos de Felipe V y que durante la monarquía, e incluso en los paréntesis republicanos, Madrid era una ciudad agradable de vivir, que es lo más importante. Pero la cuestión del centralismo no hay que referirla a lo político, sino sustancialmente al error de industrializar de modo indiscriminado en grandes polígonos de la provincia y de permitir, de la mano de una falta de planificación escalofriante, unos niveles de especulación increíbles. El problema de Madrid y su provincia es más grave de lo que pueda pensarse al usar el término «centralismo».

—Ha hablado usted de «una falta de planificación escalofriante» y de «unos niveles de especulación increíbles». ¿Cómo juzga la labor llevada a cabo por el Área Metropolitana? ¿Es realmente importante el papel desempeñado por la COPLACO?

—Creo que COPLACO es un ente que hay que juzgar de un modo muy matizado. Por sí misma, es una idea razonable su existencia, sobre todo

en el momento en que se creó; pero no es menos cierto que es víctima de las insuficiencias de la Ley del Suelo, así como de que acaso no haya sido nunca dotada de los medios técnicos que ha ido precisando. También ha adolecido de falta de representatividad de los que adoptaban sus decisiones y de una superposición de competencias administrativas muy mal resueltas. Esos han sido y son, fundamentalmente, los obstáculos con los que tropieza el desenvolvimiento del Área Metropolitana en cuanto a sus funciones.

Acabamos hablando, porque es obligado, de las elecciones municipales («UCD debe ir a ellas ofreciendo equipos humanos honestos y capaces de asumir la gestión de los problemas locales, así como soluciones meditadas y realistas; nunca demagogia ni ese puro "ir tirando" tan desgastado»); de si serán una repetición del 15 de junio en cuanto a sus resultados («no creo que se repitan los mismos porcentajes, puesto que la capacidad personal de atracción del candidato será ahora mayor») y, claro, de esa posible fusión PSOE-PSP que puede suponer el principal obstáculo a salvar en las mismas por la Unión de Centro Democrático: («no se puede hablar de rivalidades. Nosotros hemos de tener confianza sólo en nuestras propias ideas, porque la política no debe ser un pago para maquiavelos. Hay que confiar menos en la capacidad de regate y temer menos a los malarismos del adversario. Lo esencial es buscar una identificación con el pueblo, que es el que realmente sabe dónde le aprieta el zapato y busca siempre lo mejor»).

Adrián GUERRA
(Fotos: Rogelio LEAL)

CARMEN CONDE,

primera académica

UNA mujer sonríe, despliega la bandera de su simpatía inquieta, dinámica, mientras la poesía se enseorea en el aire limpio de la Colonia Metropolitana. Una mujer, poetisa ella por encima de todo, a pesar de sus muchas obras en prosa, acaba de ser nombrada académica, rompiendo una tradición de negaciones, de puertas cerradas en la docta institución. Una mujer que se llama Carmen Conde, que es sencilla, humilde, que es tanto como decir que se la ve tocada con esa grandeza de alma de los elegidos.

—Nunca había pensado la posibilidad de ser académica. Es algo que no entraba en la mente de ninguna mujer.

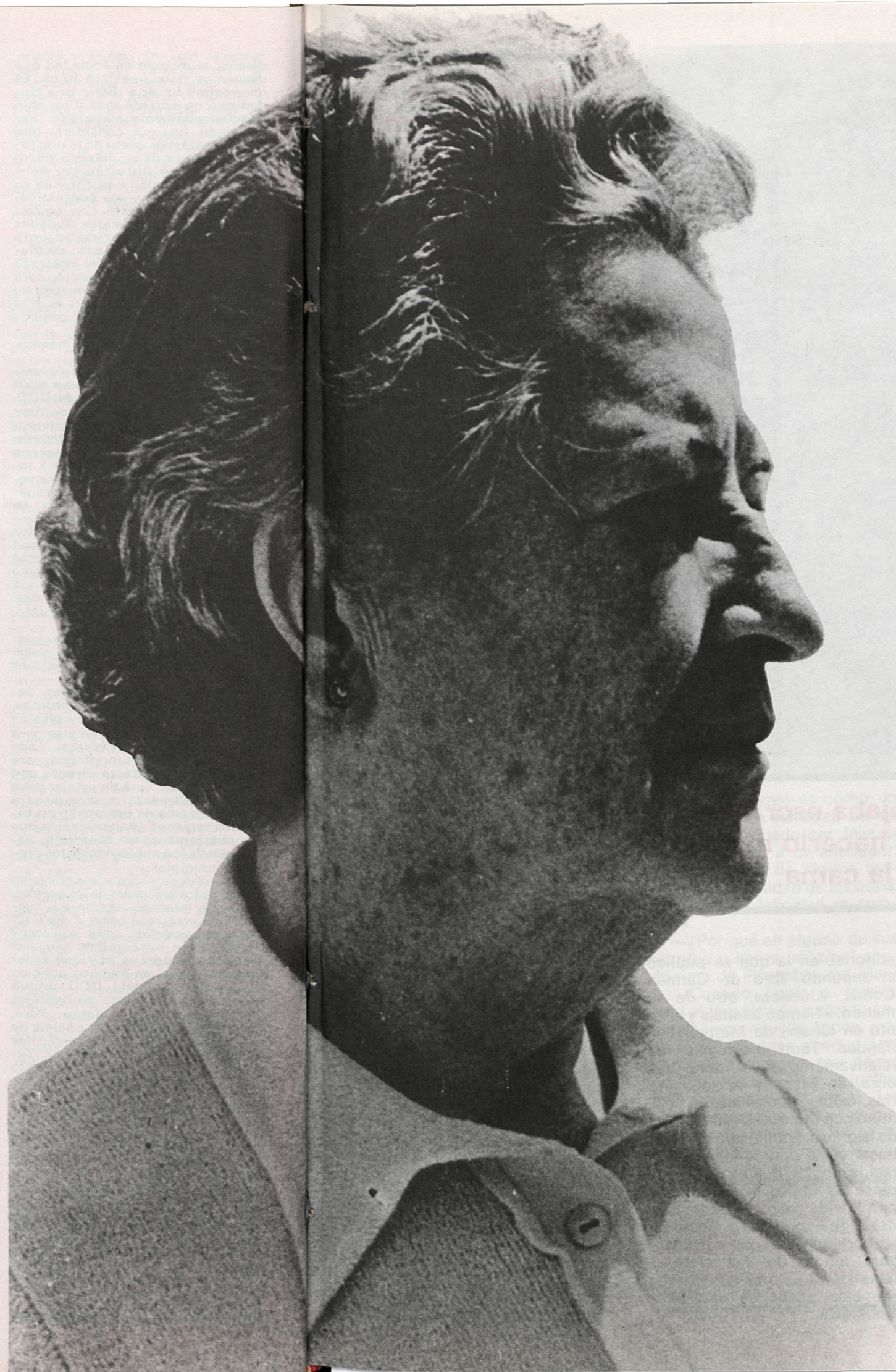
—La decisión de la Academia de dar paso a una mujer estaba clara, al presentar a tres mujeres para ocupar el sillón

«K», que dejara vacante la muerte de Miguel Mihura, ¿no cree?

—Sí, desde luego. Lo único que me duele es conseguir algo a costa de otras personas. En este caso, lo doloroso es que no hayamos ingresados las tres candidatas propuestas.

El proceso ha sido tan rápido, tan sin tiempo, que Carmen Conde aún no ha tenido tiempo de digerirlo. La presentaron Guillermo Díaz Plaja, García Valdecasas y Buero Vallejo, no le dijeron nada. Cuando tuvo noticias de lo que se guisaba, ya era un hecho. La noticia, los periodistas, el salirse de su ritmo de vida. De escribir estos días, nada. Quizá, dentro de la natural alegría, alguna tristeza se esconda en su alma.

—Claro, me hubiera gustado compartir esta alegría con mi marido, Antonio Oliver Belmás, quien creyó en mí desde que nos conocimos, que tanto me orientó en mis principios. ¡Si él hubiera vivido!



NIÑA IMAGINATIVA

La historia podríamos empezarla con el clásico inicio de los cuentos antiguos: Erase una vez una niña, nacida en Cartagena, cuya fantasía se desbordaba en palabras, en lucubraciones imaginativas que a los dieciséis años ya escribía versos en serio, como si un impulso interior le obligara a la creación poética, sin orden ni concierto, sin una formación.

—Al conocer a Antonio, que después sería mi marido, él fue quien me orientó, me dio a conocer a los poetas importantes, excepto a Antonio Machado, al que ya había descubierto por mí misma.

Carmen tenía ese latido de escritora, de poetisa nata, pero le faltaba el haber vivido la soledad que se va formando con lecturas y vivencias. Su imaginación se desbordaba.

—Mi madre decía que era muy embustera, precisamente por esa gran imaginación, que me llevaba a confundir la realidad con lo imaginado, con lo que creaba mi verbo, mi catarsis de palabras.

La formación vino paso a paso, especialmente de la mano de Antonio Oliver. Hablando de esto, Carmen nos recuerda aquello que decía Rilke de haber velado a un muerto, de haber enterrado a un ser querido, como espaldarazos a una sólida formación. O aquello otro que decía Beethoven, de que el arte que copia la realidad es estéril. Quizá estas consideraciones fueron los frenos que dejaron a Carmen Conde en el ritmo justo de un caminar poético, las bridas que sujetaron al caballo de su fantasía.

—Mi excesiva facilidad para hablar y escribir le hizo decir a mi marido: «el problema tuyo es restar».

Sus primeros artículos, cuentos y poemas vieron la luz en «El Porvenir», de Cartagena, y en «El Liberal», de Murcia. Al recordarlo, la mirada de Carmen se colma de nostalgias marineras, de espumas del tiempo ido, como si un suspiro caliente le corriera por las venas, que se lo notamos en los ojos.

—Cuando al cabo de los años he leído aquellos primeros poemas, he sentido una sensación indescriptible. Tienen esa ternura lógica de los pocos años. Pero tampoco me arrepiento, pues sé que si volviera



La madre no la dejaba escribir y, a veces, tenía que hacerlo metida debajo de la cama

a aquella edad volvería a escribirlos igual.

—¿Cómo fue la publicación de su primer libro?

—Yo tenía muchos poemas escritos. Fue mi marido quien me ayudó a hacer una selección para el primer libro, que se publicó con el título de «Brocal». Cuando ya teníamos los poemas elegidos, le noté por la noche como preocupado. Le pregunté qué le ocurría y me dijo que estaba pensando si se habría equivocado en la elección.

AMISTAD CON MIGUEL HERNANDEZ

Después, con un grupo de amigos, fundaron su propia

editorial, en la que se publicó el segundo libro de Carmen Conde, «Júbilos», otro de su marido, «Tiempo cenital» y «Perito en lunas», de Miguel Hernández. Todo lo demás fue relativamente fácil, obra tras obra, en prosa y verso, éxito tras éxito, recorriendo el camino con firmeza. Desde «Ansia de la gracia», publicada en 1945, hasta «Cita con la vida», aparecida en 1976, una serie copiosa de títulos poéticos jalona la vida creadora de la poetisa. Igual podíamos decir de su obra en prosa, de sus libros para niños, de sus ensayos literarios. Su última novela, «La Rambla», acaba de publicarse estos días.

Quien más la ayudó y orientó fue su marido, el también escritor Antonio Oliver

—Es tan reciente que aún no tengo ningún ejemplar en mi poder. La segunda obra que publiqué llevaba prólogo de Gabriela Mistral.

—¿Cómo fue su amistad con Miguel Hernández?

—Fue una fraternal amistad. Era un gran poeta y gran amigo. Nos admirábamos y nos apreciábamos mutuamente.

También le unió gran amistad con Francisca Sánchez, la amada de Rubén Darío, aquella chiquilla, nieta de un jardinero de la Casa de Campo, de quien se enamoró el poeta como de una flor silvestre, a quien siempre leía sus versos y cuyos juicios apreciaba especialmente, aunque Francisca no tuviera una preparación ni una cultura esmerada. Recordamos a Carmen la muerte de Francisca Sánchez, en el Hospital del Niño Jesús, vieja, arrugada, en un alarido, porque un cáncer en la oreja le iba comiendo. Una imagen, realmente, muy poco poética, especialmente en la mujer que fue la musa de Rubén tantos años.

—Los recuerdos, sean agradables o desagradables, siempre entristecen un poco.

—Siendo usted una mujer mediterránea, ¿ha escrito alguna vez mirando al mar?

—Nunca he podido escribir mirando al mar, ni al paisaje. Me abstraeré de tal manera que me impide escribir. Después de mirar el mar o un bello paisaje de montaña, de sentir esa sensibilización, tengo que recluirme como en una celda, para poder escribir.

—¿Comprendía su madre la afición de escribir que le dominaba?

—No. Tenía que hacerlo a escondidas. Muchas veces, incluso, me metía debajo de la cama.

—¿Qué horas del día prefiere para escribir?

—Ahora suelo escribir por la tarde, hasta que llega la no-

che, pero nunca inmediatamente después de comer. Si he estado en el campo, me ha gustado escribir desde primeras horas de la mañana.

—¿Y si un tema le apasiona mucho?

—Entonces ya no tengo horas. Me sujeta de tal forma que me ocupa todas las horas del día.

—¿Es metódica o anárquica?

—Nunca he tenido una norma para nada. Podría definirme como una persona y una escritora extraordinariamente irregular. Soy una pésima trabajadora si tengo que someterme a un método.

FLORENTINA DEL MAR, SU SEUDONIMO

Sin embargo, desde el año cuarenta y nueve hasta el setenta y dos ha trabajado en el departamento de publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Ahora vive de la jubilación, de la viudedad. Eso le permite vivir su libertad de pájaro, viajar, leer, escuchar música, mirar el paisaje o enfrascarse en la creación. Quizá sea hora de hacer recuento de vida, o examen de conciencia.

—Coincido con lo que decía Antonio Machado: «estoy en paz con los hombres y en guerra con mis entrañas».

—¿Qué es para usted la felicidad?



—Yo diría que es como un contagio de la felicidad de los demás. No puedo ser feliz si veo infelicidad a mi alrededor. Si contribuyo, de alguna manera, a esa felicidad de los otros, entonces mi felicidad es completa.

—¿Por qué en alguno de sus escritos y libros utilizó el seudónimo de Florentina del Mar?

—Cuando llegó la guerra, sufrí el impacto de todos cuantos vivimos aquella época, que no es fácil olvidar, aunque a mí particularmente no me dejara ningún trauma. Por aquellas fechas escribí «Mientras los hombres mueren», que se publicó en Italia, y «A los niños muertos en la guerra». Después

de la guerra me vi obligada a vivir retirada de la vida pública. Como sentía la necesidad de seguir escribiendo, adopté el seudónimo de Florentina del Mar.

Y aquellos tiempos han traído éstos. La poetisa ya es la excelentísima señora doña Carmen Conde, quien debajo de su nombre pondrá en los escritos la coletilla «de la Real Academia de la Lengua», quedando así roto un tabú de tantos años. Y la poesía, una vez más, se viste de gala, porque doña Carmen Conde, por encima de sus escritos en prosa, de sus novelas, es y será poetisa para todos.

Pedro FUENTES GUIO

«Nunca había pensado en ser académica, por ser algo que no entraba en la mente de ninguna mujer»

